

«¿Qué es esto, dice, soberano mostro,
Milagro celestial del que te cria?
Qué luz esparce tu divino rostro,
En que abrasada el alma queda fría?
Virgen hermosa, á la deidad me prostro,
Que en tu vista gloriosa ve la mia;
Que aquece resplandor inaccesible
Ser de mortal criatura es imposible.

» Dulce Maria, ¿qué divinas luces
Envías al que en tu amor está deshecho?
¿Cómo en mi alma tan gloriosa luces,
Que ya le viene aqueste cuerpo estrecho?
Miro entre aquecos bellos arcaduces
Los arroyos de gloria de tu pecho:
¿Qué paraíso en el guardado tienes,
Que esparces gozos de inmortales bienes?

» Hermosa nube á quien el sol embiste,
Bordándole de claros resplandores;
Divina luna que de luz te viste,
Multiplicando alegre tus favores;
Trasparente cristal que le resiste,
Y sin quebrarle toma sus colores;
Espejo herido de su luz aliva,
Que como él mismo de la vista priva.

» Nube, luna, cristal, espejo hermoso,
¿Has visto alguna luz que te mejora?
¿Viste de algun espíritu glorioso
El rostro bello y en el tuyo mora?
Viste el trono de Dios maravilloso
Como el Profeta que aserrado llora?
Viste los serafines que le cubren
Y á tus divinos ojos le descubren?

» Viste entre el humo pardo y negro velo
Del alto monte la sagrada lumbre,
Crugir los vientos, atronar el cielo,
Relampaguear su inaccesible cumbre?
Viste del templo de tu sabio abuelo
La blanca niebla fuera de costumbre?
Viste á Dios cara á cara, Esposa mia,
Que tu luz vence al que la presta al día?

» ¿Qué has visto, Virgen llena de hermosura,
Que así deslumbras con tu luz divina?
Qué tienes, hermosísima criatura,
Que excede á todo cuanto se imagina?
Ciega la lumbre de tu lumbre pura
Cual la del sol al que se le avecina;
No sé qué tienes, gloria de la tierra,
Y sé que algo de Dios tu pecho encierra.

» Eres la zarza verde y encendida,
Que verde, aunque encendida, se quedaba?
Eres el carro, en que en ligera huida
El justo celador á Dios volaba?
Eres Jerusalem de Dios querida,
Que de un muro de fuego la cercaba?
Eres el horno de la ardiente brasa,
Que alumbrando y ardiendo no se abrasa?

» Adorada Señora, di quien eres,
Si lo merece quien tu rostro adora,
Pues en gracia y belleza te prefieres
A cuanto el cielo mira y el sol dora;
Angel bello entre todas las mujeres,
Entre todos los angeles Señora,
Paraíso de amor, amor del cielo,
Cielo de gracia, gracia y bien del suelo.

— «Josef querido, dice, amado Esposo,
Mirad que soy quien ama vuestro gusto,
Mirad que soy quien con amor dichoso
Os ama por esposo noble y justo.
¿Por qué estáis de mirarme temeroso?
Dejad la admiración, dejad el susto,
Que vuestra esposa soy, vuestra Maria,
Y vos el bien que estima el alma mia.

» Salgo de la oración, en que me ofrezco
El cielo mas favores que merezco,
Que Dios á los humildes favorece,
Y á mi porque, aunque indigna, lo apetezco;
Vuestra amorosa lengua me engrandece,
Y yo á servirlos, mi Josef, me ofrezco;
Mandadme, Esposo amado, dueño mio,
Padre y señor de quien mi honor confío.

» Venis, Josef y amado compañero,
Del trabajo ordinario fatigado?
¿Estáis cansado, Esposo verdadero,
De ver que mas que suelo me lie tardado?
Descansad, mi señor, con ver que os quiero
Como al alma que alegre os he entregado.
Perdonad mi tardanza, prenda amada,
Que no os querría disgustar en nada.

» Jamás tuve intención de disgustaros;
Temi las ocasiones de ofenderos;
Jamás dejé, cual debo, de estimaros,
Y, como vos sabeis, obedeceros.
Quisiera, amado Esposo, regalaros
A medida del gusto del quereros.
Perdonad si no os sirvo como es justo,
Y ved que es justo que perdono el justo.

En esto la bellísima princesa
Con alegría y celestial agrado
Apareja la pobre limpia mesa
Para su Esposo bienaventurado;
Él alegre y suspenso se embelesa
A la voz dulce del encanto amado,
Y admira absorto la humedad profunda
De quien no tuvo ni tendrá segunda.

Ella, como otra Marta, solicita
Del cansado Josef la corta cena;
Él mira en su nevada frente escrita
La luz, que de sí propio le enajena;
Ella, del que el eterno pecho habita
Enriquecida y de su gloria llena,
El regalo previene al Varon justo,
Procurando agraderle y darle gusto.

Los ángeles se admiran y suspenden
De ver que Josef goza glorias tantas,
Y servirle á su mesa ya pretenden,
Por gozar mas de las personas santas;
Y de la Reina, en cuyo amor se encienden,
Las alas ponen á sus bellas plantas,
Sirviendo todos al Varon dichoso,
De Dios nutricio, de su Madre esposo.

Trae la comida el Angel de la tierra
Como el del cielo en los pasados dias
La trujo alegre en la desierta sierra
Al venerable celador Elias;
Trae el pan vivo que en su vientre encierra,
Pan que da al cielo eternas alegrías;
Trae el cordero en su amor asado
Y el ave de su nido deificado.

Trae para el cuerpo la guisada cena,
Aderezada por sus bellas manos;
Siéntase al lado del que el cielo ordena
Que sirvan los divinos cortesanos;
Come Josef entre su luz serena
Bocados para el alma soberanos,
Y con la pobre cena alegre mata
La hambre heredada de la madre ingrata.

Come Josef y queda satisfecho,
Mirando el rostro á quien honor se debe;
Ella alimenta el cristalino pecho,
Hecho de rosas y de blanca nieve;
Entra á Josef la cena en buen provecho,
Mas soberana, aunque tan corta y breve,
Que la que dió Cleopatra á Marco Antonio
Ni Asuero en su primero matrimonio.

Dan gracias al Señor que se la ha dado,
Y con alegres muestras de alegría
Pide la Virgen á su Esposo amado
Descanse del trabajo de aquel día;
El, obediente al celestial mandado,
Se aparta de su amada compañía,
Buscando alivio del trabajo grave
Entre los brazos de Morfeo suave.

La Virgen se recoge en su aposento
Reverenciando el sumamente Santo,
Gozando alegre el sin igual contento
Que le inspira en su vientre sacrosanto;
Adora con humilde encogimiento
Al infinito ya abreviado tanto,
Pretendiendo que la halle el alba fria
Adorando al Criador, que adora y cria.

Desea que salga el padre de Faetonte,
Y que esparciendo su benigna lumbre,
Vuelva de plata el rio, de oro el monte,
Y que el desierto y el poblado alumbre;
Desea que salga al cándido horizonte
Para subir por la soberbia cumbre
De las montañas de la gran Judea,
Que á su preñada prima ver desea.

En esto y su oración entretenida,
Se reclinó sobre la pobre cama,
Y gusta el sueño verla así rendida,
Porque hasta el sueño su descanso ama;
Luego la escuadra angélica escogida,
Para servir la que venció á su fama,
Hacen cuerpo de guardia al cielo santo,
Mandándose que aquí dé fin al canto.

CANTO IX.

De la Visitación.

Las bellas damas de la España nuestra
Usan hacer de sus soberbias galas
Gallarda ostentación, vistosa muestra,
Como el payon de las pintadas alas;
Y cada cual bizarra mas se muestra,
Porque París afrente á Juno y Pallas,
Procurando mostrar sus gracias sumas,
Aunque mendiguen las ajenas plumas.

¿Qué es ver sus gasas mas que ellas sencillas,
De los sopillos celosias formadas,
Ajoreas, brazaletes y manillas,
Orejeras, zarcillos y arracadas,
Argollas, collarejos, gargantillas,
Cadenas, perlas, piedras, oro, espadas,
Sartas, brinquiños, broches, cabestrillos,
Pomas y frascos, ámbar y anillos?

Pues, ¿qué las arandelas tembladoras
Al viento del celebro que las mueve,
Adornando de las Medeas traidoras
Las falsas rosas y comprada nieve?
¿Qué es ver ya santas muchas pecadoras
Con el honor que á la virtud se debe,
Con las diademas con que el mundo loco
Corona ciego á quien estima en poco?

¿Qué es ver de sus cabezas los jardines,
Las nuevas invenciones de tocados,
Los ricos, mas que honestos, faldellines
Por los prostrados gustos inventados?
¿Qué, vueltos herraduras los chapines,
Y los grillos de corcho mas pesados?
¿Qué sus brocados, telas, escarlata,
Marfil, grana, coral, seda, oro y plata?

¿Qué es conocer deste animal, que admira
Por gallardo, gentil, sabio y hermoso,
Que es lo mas del certísima mentira,
Y ninguno mas que él menesteroso?
Digalo el que devoto mas le mira,
Y dirá que es un monstró artificioso,
Un ave toda pluma, y esa ajena,
Garras de arpa, canto de Sirena.

¿Qué es ver vueltas en galas las prisiones,
Las argollas, los grillos y cadenas,
Que inventaron por penas las naciones
Por sujetarlas para hacerlas buenas?
Y qué es mirar las nuevas invenciones
Con que se doblan sus antiguas penas?
Porque traer cabestros y herraduras,
No son de esfinge enigmas muy oscuras.

Llama el latino al mujeril ornato
Mundo, y en esto mi concepto fundo;
Pues siendo la mujer vivo retrato
Del que la hizo con saber profundo,
Busca con ansia loca y pecho ingrato
Las galas espareidas por el mundo,
Siendo del mundo un breve mapa y cifra,
Que en sí contra su autor un mundo cifra.

Trae de las Indias piedras, plata y oro,
Del mar aljofar, perlas y corales,
De la madre comun hurta el tesoro
De entre los cofres de su minerales;
Pide al árabe rico y indio moro
El vario olor de flores y animales,
Ambar á la ballena, al gato algalia,
Al Flándes martas, y cristal á Italia.

Pide el calzado á Córdoba y Valencia,
A Tajo el agua, mantos á mi tierra,
A Milan telas, granas á Florencia,
Y color rojo á la nevada sierra;
El señorío y vidrios á Venecia,
El lienzo luterano á Inglaterra,
Las secas heces á las secas cubas,
Y para el rostro las pasadas uvas.

Sus unguentos, sus mudas y mudanzas,
Sus vinos, aguas, polvos y legias,
Vanidades, tormentas y bonanzas,
Lágrimas, presunciones y porfias
No es bien las digas, aunque las alcanzas,
¿Oh musa! que es perder mis posos dias,
Oye de Orfeo la funesta queja:
Lo dicho basta; lo demás te deja.

«Oh religion divina, pura y casta,
Del cordero de Dios amada Esposa,
Contenta con el paño y jerga basta,
Y con el lino toscos mas hermosa!
¿Quién á alabarte dignamente basta,
Piedra engastada en la virtud preciosa,
Luz escondida, celestial tesoro?
Tus rejas beso, y tu pureza adoro.

Divina musa, vete poco á poco,
¿Para qué á decir mal me persuades?
¿No echas de ver que me tendrán por loco,
Y á las dichas quizá por no verdades?
De nuevo humilde tu favor invoco,
Y no para decir mas libertades,
Sino porque me vuelvas al camino,
Que le perdí, y cual ciego desatino.

Que yo, como tú sabes, no querría
Decir mal de las damas españolas,
Que son en hermosura y gallardia
En todo el orbe, como Fenix, solas.
Turbóse el mar, escurecióse el día,
Perdi mi norte entre las negras olas,
Di en un bajío, donde tristemente
Me han de tener por necio y maldiciente.

Mas ya que miro de tu clara estrella
La luz que me promete favor cierto,
Siguiendo el resplandor que sale della,
Volveré ufano al ya perdido puerto;
Seguiré alegre mi derrota bella,
Proponiendo enmendar el desacierto,
Y del hecho perdón humilde pido,
Si es que decir verdades yerro ha sido.

Digo que entre las galas del tocado
Usan de Persia las gallardas damas,
Después de hacer de su cabello amado
Lazos de amor y redes de sus llamas,
Después de haber en ellas trasplantado
Flores de olor entre las rubias ramas,
Poner encima un pie de perlas y oro,
Que huella activo su mayor tesoro.

Hacen remate á toda su belleza
Con el pie en el tocado enriquecido,
Y con el así puesto en la cabeza
Muestran la sujeción á su marido;
Entre las galas de mayor riqueza
Por la mas rica aquesta han escogido,
Con los pies sus cabezas coronando,
Y á los que suyas son reverenciando.

De las mujeres no se estima en tanto
La rara honestidad, la beldad rara,
La gracia y discreción que causa espanto,
La gentileza ni la sangre clara,
Como la sujeción al yugo santo
Del que por su cabeza Dios declara,
Ley inviolable de su gusto haciendo,
Sin voluntad la suya obedeciendo.

La Virgen soberana, deseosa
De ver la estéril prima ya fecunda,
No del divino oráculo dudosa,
Porque jamás su fe tuvo segunda,
Sino que la palabra toda hermosa
De gloria inmensa y caridad profunda
La inspira y mueve á la visita santa,
Que espera un ave que en el nido canta;

Pide licencia á su Consorte amado,
Reconociendo que le está sujeta,
Y obediente y humilde á su mandado
Su casto Esposo y su Señor respeta;
El amoroso, con afable agrado,
A licencia tan justa y tan discreta,
No solo se la da, mas se la pide,
Y á acompañarla humilde se comide.

Que siendo luz del alma que la adora,
A quien está continuamente unida,
Siendo la vida que en su pecho mora
Mas que la propia con razon querida,
Mal podrá estar ausente sola un hora
Del bien del alma y alma de su vida,
Pues no habrá cosa que le dé consuelo,
Ausente de la luz que la da al cielo.

Y así apareja el noble caminante
Para su Esposa el rudo jumentillo,
Más dichoso que aquel del libre amante
De la que dió á Teseo el fiel ovillo,
Más digno que su dicha le levante
A premio mas glorioso, que al novillo
Que pasó el mar con la engañada Europa,
Ni que el signo que el sol en marzo topa.

Apercibe la alforja, y la compone
De los regalos de la pobre casa;
La fruta verde y seca en ella pone,
La dulce almendra y la melosa pasa,
El dátíl indigesto, á quien dispone
El veloz tiempo, que le enjuga y pasa;
El blanco pan, el oloroso queso,
El higo blando y almendruco tieso.

Pone para la humilde hestezuela
De su dulce trabajo el fiel sustento,
Y pone el pedernal que el fuego cuela,
Dándole en sus entrañas alimento;
La yesca pone donde el fuego vuela,
Y el estabon, que con furor violento
Provoca al fuego de la piedra tarda,
Que salga á dar la luz que dentro guarda.

Cubierto entre cortinas de brocado
Sale en la regia virginal carroza
Aquel que sin principio es engendrado
Y eternamente de su Padre goza;
El arca sale del maná sagrado,
Significada en la que mató á Oza,
Y en el navio de cristales y oro
De las Indias de Dios sale el tesoro.

Salen la vara que la flor encierra,
Sale la flor que el fruto eterno guarda,
Que si otro amargo al viejo Adán destierra,
Este cinco mil años há que guarda;
Salen guiando por la fértil sierra
Los ángeles, soldados de su guarda,
Y á ver el sol en la virginea nube
Se para el sol que del oriente sube.

Dejan de Nazaret el patrio suelo,
Que parece que huye de sus ojos,
Y mas pequeño solicita al cielo
Que piadoso le vuelva sus despojos;
Enternecido en tanto desconsuelo,
Se deshace entre lágrimas y enojos,
Envidiando las ásperas montañas,
Que enriquecen las candidas entrañas.

La madre tierra, derramando risa,
Rompe las esmeraldas de sus venas,
Gozosa en que su rostro verde pisa
Quien tiene sus entrañas de Dios llenas;
A Clóris y Favonio luego avisa
Derramen olorosas azucenas,
Rosas, jazmines, lirios y claveles,
Ramos de mirtos, nardos y laureles.

Los nazareos collados se levantan,
Las cumbres altas del Tabor se humillan,
Las agrestes oréades se espantan,
Las napeas en Dios se maravillan;
Unas gozosas dulces versos cantan,
Otras embelesadas se arrodillan;
Todas diciendo virginales loores,
En corros danzan esparciendo flores.

La cabeza soberbia del Carmelo,
Cubierta de cipreses y de pinos,
Se humilló, conociendo en mortal velo
Al Rey de los alcázares divinos;
Las aves cortan con alegre vuelo
Las ondas de los aires cristalinos,
Y con las voces que á concierto queiebran,
Como Dios las enseña, le requiebran.

Céfiro alegre con mayor blandura
Suavemente aficionado baña
El rostro, de quien hurta la hermosura,
Lo hermoso para Grecia y para España;
Vierte cristal la fuente clara y pura,
El roble miel y leche la montana;
La tierra muestra mas hermosos mayos,
El cielo nueva luz, el sol mas rayos.

Besol en su ribera aljofarada,
Cubierta de ovas la sagrada frente,
Sacudió la cabeza coronada
Del aljofar que lleva su corriente;
Paró suspenso en la veloz jornada
De su carrera el agua trasparente,
Y en la dorada urna recostado,
Viendo la luna llena quedó helado.

Y llamando á las náyades hermosas,
Que en la margen gentil de su ribera,
Entretejiendo flores olorosas,
Desnudas van como en la edad primera,
La nieve de sus manos en las rosas,
Vuelven á ver lo que Besol las quiera,
El cual les manda, que en festivo juego
Una agradable danza ordenen luego.

Pónense los cendales delicados
Y de oro recamadas las hasquiñas,
Y entre la variedad de sus tocados
Lazos de perlas y de aljofar piñas;
Los ojos de Besol enamorados
Mirando dellos las amadas niñas,
Gozoso guía, aunque grosero y hasto,
El corro placentero, hermoso y casto.

Coge del agua de su fuente pura
Un nácar de oro y plata, y della lleno
Le ofrece á la bellísima criatura,
Que lleva á Dios en su virgineo seno;
Que acalorada su febea hermosura,
El pecho refrescó y rostro sereno,
Partiendo con Josef del agua clara,
Mitad del alma, que en su pecho ampara.

Luego con fiestas y sabidas danzas,
Con músicas de dulce melodía,
Con nuevas invenciones de mundanzas
Y con gozosas muestras de alegría
Festean las seguras esperanzas,
Que encierra la bellísima María,
Dándole gracias por mercedes tantas
De haberlas ilustrado con sus plantas.

Suben todas alegres agua arriba
Por donde sube la sellada fuente,
Que en Belleem há de dar el agua viva,
Que está pidiendo la sedienta gente;
Del rio el agua un tiempo fugitiva
Atrás volver quisiera su corriente,
A no estorharlo un levantado muro
Della parada y hecha cristal puro.

El claro rio y náyades hermosas
Delante la sagrada compañía
Suben por las montañas pedregosas
Haciendo alegres coros de alegrías;
Y llegando á las cumbres mas fragosas,
De donde nace su corriente fria,
Se despiden, y adoran la hermosura
Que del sol vence la belleza pura.

Los rayos blancos de la trivía luna
Salen de noche á su balcon de plata,
A ser antoreña á la sagrada cuna
Donde Dios va vestido de escarlata;
Y á los piés bellos de la Fenix una
Cada cual mas gozoso se dilata,
Adorando las plantas de jazmines,
De quien un tiempo esperan ser chapines.

Salen resplandecientes las estrellas,
De quien les da su clara luz quejosas,
Porque al presente no pudieron ellas
Ver á las que las hacen mas hermosas;
Y así, asombradas en sus lucas bellas
Dejarán sus esferas luminosas,
Por bajar á este cielo de la tierra,
Cielo, que como cielo á Dios encierra.

Tres veces nueve leguas en tres dias
Anduvieron los santos caminantes,
De dia con palio de las nubes frias,
Y de noche de estrellas rutilantes;
Digan las abrasadas jerarquias
De los nobles santísimos amantes
En su camino alegre las razones,
Donde oyeron de amor nuevas liciones.

Llegan gozosos á la aliva cumbre
De las altas montañas de Judea,
De cuya penascosa pesadumbre
Su casa el mudo Zacarias rodea;
Llegan á ver de la encendida lumbré
El humo, que en el aire devaneá,
Oyen cantar los gallos coronados,
Los mastines ladrar de los ganados.

Un rústico gañan, que el campo labra
Haciendo que la punta áspera y dura
Del corvo arado las entrañas abra,
De quien sajada el logro le asegura,
Vió á la que viste la inmortal palabra,
Y conoció en su angélica hermosura
Ser de su ama Isabel la amada prima,
Que el cielo adora y su Criador estima.

Deja los bueyes y la aguda reja,
Y deja descansar la tierra rota,
Que atormentada á su Criador se queja
De que sin cesar nunca frutos brota;
Y cual cometa de color bermeja
Que veloz pasa la región remota,
Parte el gañan, á quien el gozo abrasa,
A dar las nuevas á su antigua casa.

Apenas de la nueva el alegría
Entro gozosa por las altas puertas,
Cuando la ya fecunda, un tiempo fria,
Las de su anciano pecho mostró abiertas;
Y al que callando penitencia hacia,
Porque dudó de las promesas ciertas,
Por señas su ventura le declara,
Volviendo roja la nevada cara.

Manda luego que todos los pastores,
Labradores, vaqueros y gañanes
Corten suaves olorosas flores,
Ramas de mirto y hojas de arrayanes;
Y que entre diferencias de colores
Salgan, cuanto posible sean galanes,
A recibir la prima siempre hermosa,
Que viene á hacer su casa venturosa.

Salen al son del rústico salterio,
Como suelen en tiempo del estío
Cuando el sol desampara este hemisferio
Dejando el mundo por su ausencia frio;
Como si conocieran el misterio
Del que abrevió su inmenso poderio,
Salen cantando dignas alabanzas,
Haciendo corros y ordenando danzas.

Coronadas las rústicas melenas
De verde y salúífero romero,
Llegan á ver las luces mas serenas
Que da la causa del laurel primero;
Y con las almas de contento llenas
Cercan en coro alegre y placentero
A la mujer, que al fuerte varon cerca,
Y es del trigo de Dios de lirios cerca.

El gran Josef y su Consorte cara
Reciben los pastores venturosos
Con gozo grave y con risueña cara,
Estimando sus ánimos gozosos;
Ellos, mirando la majestad rara
De los nobles santísimos esposos,
Se elevan, se suspenden y enamoran,
Su gracia admiran, su belleza adoran.

Con nuevas invenciones de alegrías
Llegan á ver las puertas venturosas,
Adonde espera el grave Zacarias,
Bañando el rostro en lágrimas gozosas;
Atrás volvieron los pasados dias,
Sus rugas se escondieron temerosas,
Su sangre se alegró, y su blanca nieve
Temió á los soles que la Virgen mueve.

Rodeado de todos sus zagales
El venerable sacerdote mudo
Las ropas tiende sobre los umbrales,
Por donde pasa el jumentillo rudo;
Y al deudo fiel de las personas reales
A sí juntó con un estrecho nudo,
Siendo los ojos lengua de su gozo,
Adonde el alma muestra su alborozo.

Una vez y otra al gran Josef abraza;
Quiere soltar la lengua atada y presa,
Y ve que justamente se la enlaza
La injusta duda de la fiel promesa;
Y á no ser de los cielos digna traza,
La gloria que en el alma tiene impresa
La habla le volviera en tal suceso,
Como el temor al hijo del rey Creso.

En esto la cristifera Maria
Gozosa las herradas puertas pasa,
Llenando con sus rayos de alegría
De nueva gloria la dichosa casa;
Sale al sol bello que da luz al día
La vieja grave con placer sin tasa,
Alas haciendo de los flacos brazos
Para dar á su prima mil abrazos.

Llegando á las estrellas sacrosantas,
Del mismo Dios vidrieras cristalinas,
Turbóse viendo maravillas tantas
Como muestran sus luces peregrinas;
Fuése á prostrar á las sagradas plantas
De blanca nieve y rojas clavellinas;
La Virgen bella con divinos lazos
Se enlaza de su prima entre los brazos.

«Dios te salve, le dice, prima amada;
Su paz divina en esta casa sea,
Y con su mano bienaventurada
Te dé lo que tu pecho fiel desea;
Dichosa tú, que en la vejez cansada
Te miras libre de la afrenta fea
De la esterilidad abhorrecible,
Que no hay palabra á Dios que sea imposible.»

Apenas desta voz el eco suena
En el vientre fecundo donde habita
La voz de Dios, cuando de gracia llena
Adora á la preciosa margarita;
Huyó la culpa ante la luz serena
Del cordero sin mancha que las quita;
Del Espíritu Santo quedó lleno,
Y á Dios conoce en el virgineo seno.

Cual de reloj de sol la aguja sueló
Tocada de la iman buscar el norte,
Haciendo que ligera y veloz vuele
Buscando quien su furia le reporte;
Así el iman de Cristo á Juan impele
Al norte eterno de la eterna corte,
El cual le busca en la prision oscura,
Volviendo el rostro al norte de hermosura.

Como varon perfecto, el niño santo
A quien el uso de razon proviene,
Dió una gran vuelta con gozoso espanto
Hacia la parte donde á su Dios tiene;
Y arrodillado al vientre sacrosanto,
Adora el bien que á hacerle santo viene,
Y como fiel amigo del cordero
Por Dios le tiené y hombre verdadero.

Niño en el tiempo y hombre en el sentido,
Su gozo muestra y su afición declara,
Dando saltos el niño, aun no nacido,
Al bello resplandor de la luz clara;
En las redes maternas escondido
Miró del niño Dios la hermosa cara,
Viendo por la colmena de cristales
Del humanado Verbo los panales.

Mira de Dios la majestad secreta,
Mira al inaccesible ya humanado,
Mira al que al orbe dentro el puño aprieta
En el vientre purísimo abreviado;
Y absorto en verle el niño ya profeta,
Angel de Dios y apóstol enviado,
Quisiera desasir la lengua atada
Para alabar a la Deidad sagrada.

Y dentro de sí dice: «Pues no puedo,
Oh niño Dios! del bien que humilde adoro
Decir la gloria en que pasmado quedo,
Porque decir la cual la siento ignoro,
Señalaré con el indigno dedo
El recental del vellocino de oro,
Que de la piedra del desierto viene
Al monte que no sabe que te tiene.

»Podré decir ¡oh paz de nuestra guerra!
Que en la rueda del vientre que me ampara
Sonó la voz del trueno que en sí encierra
El Padre eterno que se ve en su cara;
Diré que visitaste aquesta tierra
Y la embriagaste con tu lumbré clara;
Diré que soy por mí mayor consuelo
Quien primero te vió en el mortal velo.»

— «Oh primo amado! Cristo te replica,
De mi venida cierto mensajero,
Profeta cuyo dedo pronostica
Al deseado y cándido cordero;
Voz amada, que al mundo me publica,
Voz por quien darle al mundo padre quiero,
Voz que siéndolo mía y yo palabra,
Harás que el mundo sus orejas abra.

»Nuevo profeta Elias, doctor nuevo,
Sagrado precursor, ángel que envío,
Grande de Dios que a visitar me nuevo,
Grande tan grande que mi honor te fio,
Luz encendida que ante mí te llevo,
Del cielo asombro, testimonio mío,
Que le has de dar a los que me desean,
Por quien quiero que todos en mí crean.

»Penitente de vida áspera y dura,
Divino patriarca del desierto,
Lucero hermoso de mi lumbré pura,
De la virginidad amparo cierto;
Predicador de mi verdad segura,
Por la cual en la cárcel serás muerto,
De muchos, Juan, por tí seré tenido,
Y tú por el Mesías prometido.»

Como arcaduz de acequia delectosa
Por quien corriendo va el cristal perene
A llenar franca en cantidad copiosa
Todo el espacio que el alberca tiene,
Que se baña del agua bulliciosa,
Que revertida del alberca viene,
Quedando lleno de la fuente propia,
Aunque por ser menor en menor copia;»

Así la Isabel noble, anciana y grave,
Hecha arcaduz de la sellada fuente,
Por cuya regalada voz suave
Entró envuelta de gracia la corriente,
Dando al hermoso Juan cuanto le cabe
De recudida de la gran vertiente,
Con gozo alegre y celestial espanto
Llena quedó del paracleto santo.

Y provocada de la voz del Verbo
A que las dé a su Dios agradecida,
Mas ligera que al agua herido ciervo
Es lengua fiel de la que está impudica;
Y adorando al que en cisne volvió el cuervo
Por el niño profeta prevenida,
Llena de alegre y justo regocijo,
La nueva Profetisa a voces dijo:

«Bendita tú entre todas las mujeres,
De las benditas tú la mas bendita;
Tú de Jerusalem la gloria eres
Y el gozo fiel del tímido israelita,
Honor de nuestra gente, santa Ceres,
Que traes el pan que la hambre de Adán quita,
De marfil terso trono glorioso,
Donde se asienta el Salomón hermoso.

»Bendita tú, que del rosado velo
Vistes al que te da sus bendiciones;
Bendita tú, por quien el pobre suelo
Goza de Dios los prometidos dones;
Bendita tú, que entre la tierra y cielo,
Largo tiempo enemigos, paces pones;
Bendito el vientre santo en quien moraste,
Y benditos los pechos que mamaste.

»Bendito de tu vientre sin mancilla
El fruto hermoso a quien dichosa espera
Del Rey pastor la prometida silla,
Y quita del primero la dentera;
Bendito el fruto que en la fiel cestilla
Allega ya del mundo a la ribera,
Hecho fruto de gustos diferentes,
Do benditas serán todas las gentes.

»Bendito el fruto que del cielo vino,
Siempre engendrado del paterno pecho,
Y por aquel Señor que es uno y trino,
Hombre pasible en tus entrañas hecho;
Bendito el fruto que entra de continuo
Al padre que le engendra en buen provecho;
Bendito el fruto de la flor hermosa,
En quien el Santo Espíritu reposa.

»De dónde a mí, bellísima Princesa,
Que la que es madre del Señor que adoro
Viniese a aquesta humilde montañesa
A enriquecerla con tan gran tesoro?
Mi indigna boca el suelo rico besa,
Que huellan las divinas plantas de oro,
Y el corazón en lágrimas deshecho
Baña este rostro de claveles hecho.

»Calle de nuestro antiguo patriarca,
Que hospedó a tres, la célebre visita,
Y la del que a pesar de la cruel Parca
Al niño a sí ajustado resucita;
Cese la gloria que dar pudo el arca
Cuando de Obededon la casa habita,
Pues que de hoy mas ¡oh Virgen siempre hermosa!
Esta mas que las tres será famosa.

»Sabe, intacta doncella palestina,
Que así como pasó por mis oídos
Del cuello de marfil la voz divina,
Que a los cielos dejó de amor heridos,
Con gozo y alegría peregrina
Del tierno infante el alma y los sentidos
Se han alegrado en las entrañas mías,
Saltando alegre al dulce son que hacías.

»Virgen hermosa, bienaventurada,
En quien se cumplirá por quien creiste
De las promesas ciertas la embajada
Que del rosado Parainfante oiste;
Dichosa yo, pues con tu vista amada
Aquesta pobre casa enriqueciste,
Siendo el carro de fuego donde Elias
Vino a dar luz a las entrañas mías.»

La Virgen soberana conociendo
Que es el dedo de Dios el que le avisa,
Los secretos misterios descubriendo
A la grave y anciana Profetisa,
Gracias de tanto bien humilde haciendo
Al que las alas de los vientos pisa,
Soltó la dulce voz, de gracia llena,
Y dijo la hermosísima Sirena:

«Al inmenso Señor de lo eriado
Engrandece mi alma y magnífica,
Y en Dios, que es mi salud, arrebatado
Mi espíritu sus gracias multiplica;
Porque miró desde su trono amado
La humildad que su sierva le dedica,
Con devoción de espíritus ardientes,
Bendita me dirán todas las gentes.

«El infinito y Todopoderoso
Hizo en mí, indigna, cosas portentosas,
Siendo su nombre santo y glorioso
En todas las regiones espaciosas;
Y de su pecho misericordioso
Se verá por edades venturosas,
Para los que le temen, siempre abiertas
De su clemencia las sagradas puertas.

«En su brazo de inmensa fortaleza
Hizo fuerza, su gran valor mostrando,
De la poco segura y vana alteza
Los altivos soberbios derribando;
Levantó los humildes su grandeza,
Los poderosos de su asiento echando,
Enriqueció de bienes los hambrientos,
Haciendo empobrecer los avarientos.

«De su misericordia no olvidado
Israel recibió al que está conmigo,
Cumpliendo la palabra que había dado
Al tío de Loth y a los del pueblo amigo.
Seas, eterno Señor, glorificado,
Que en nombre de los hombres te bendigo,
Y eternamente te bendiga el cielo,
Supliendo lo que falta a mi buen celo.»

Dijo, y suspensa en su Criador se queda,
Y al eco dulce de la voz suave,
Del eje celestial paro la rueda,
Oyendo absorto cuanto Dios la alaba.
La Isabel venerable alegre hospeda
Al Josef justo y a la Virgen grave,
Y en ricas cuadras de dorados techos,
Los acomoda en regalados lechos.

Pasan gozosos los alegres días
El niño Cristo con el primo tierno,
Y la esposa fiel de Zacarías
Con la que es madre de su autor eterno;
El mundo haciendo señas de alegrías,
Muestra en sus ojos el placer interno
Con el noble Josef, y juntos todos
A Dios alaban de diversos modos.

De la Virgen intacta el casto Esposo,
Por no comer de balde la comida,
Con la labor de su trabajo honroso
El del ocioso tiempo alegre olvida;
Volverse a Nazaret le fue forzoso,
Y dando el alma a la que le da vida,
De sus huéspedes santos se despide,
Y parte al negocio que le pide.

Deja Josef en la dichosa casa
La que lo es de la sabiduría;
Vuelve a la suya con dolor sin tasa,
Ausente su santísima María;
Ella un mar triste de dolores pasa
Ausente de su amada compañía,
El se parte y se queda, y su adorada
Se queda y va con él en la jornada.

Del nacimiento del hermoso Niño
El tiempo daba ya claras señales,
Y aderezados con gracioso aliño
Previenen las mantillas y panales;
Y la que vence al mas nevado armiño,
Devota alzando a Dios las manos reales,
Espera alegre el nacimiento santo;
Yo su favor para el siguiente canto.

CANTO X.

De la vuelta a Nazaret, y cómo vió San Josef la preñez
de Nuestra Señora.

Al tiempo cuando las guardadas hoces
Los toscos segadores acicalan,
Y cuando juntos con alegres voces
Las blancas mieses codiciosos talan;
Cuando las aguas en correr veloces
Hechas baños del hombre le regalán;
Cuando la fruta sazónada ofrece
El tiempo, cocinero que la cuece;

Al tiempo cuando con espigas de oro
Va coronada la copiosa Ceres,
Dando con su riquísimo tesoro
Al Labrador colmados los placeres;
Cuando pasando del dorado Toro,
Que burló de Fenicia las mujeres,
Del Cancro celestial la cola pisa
Cintio dorado que derrama risa;

Al tiempo cuando la chicharra tosca
Ofende con la voz ronca y cansada,
Y la atrevida porfiada mosca
Desvergonzadamente al hombre enfada;
Cuando se desencoge y desenrosca
La serpiente de escamas matizada,
Y las ovejas en conforme muela
Hacen al blanco sol blanca rodela;

Al tiempo cuando la avarienta hormiga
De los granos hurtados la troj llena;
Cuando contento en la covacha amiga
El negro grillo agudamente suena;
Cuando descansan de su cruel fatiga
Las dos burladas Progne y Filomena;
Cuando las repentinas negras lluvias
Suelen desbaratar las parvas rubias;

Quando a la sombra de árboles hojosos,
Que defienden del sol la furia airada,
Cantando Tirsi versos amorosos
Sesteando alegre guarda su manada;
Quando de los arroyos bulliciosos
El cristal puro y plata aljofarada
Cortesés brindan al que va camino,
Y él hace la razón que quita el vino;

Al tiempo cuando de la blanca nieve
Hurta el rigor la dulce cantimplora,
Y alegremente el vino helado bebe,
El que en la corte regalado moza,
Quando el calor a desnudar se atreve
A la mas bella y principal señora;
Quando acaban y empiezan las labores
De los nunca cansados labradores;

Al tiempo cuando la cereza roja
Competir quiere con la tibia grana,
Y la afeitada guinda desenoja
Con lo acedo la cólera villana;
Quando la turquí endrina entre la hoja
Se admira siendo moza en verse cana;
Quando se tñe el pero, y la cermeña
Al viejo verde a ser maduro enseña;

Al tiempo cuando la leonada mora
De la sangre de amor flujo padece,
Y el albarcoque rojo que el sol dora
Dos frutos juntos a su dueño ofrece;
Quando el higo meloso azúcar flora,
Y la albéchiga dura se enternece;
Quando el verde durazno canas peña,
Y la granada pechiabierta reina;

Al tiempo cuando la camuesa rubia
Hurta de la mañana los colores,
Y la comun ciruela al sol se enrubia,
Que azucara la pera en sus ardores;
Quando pide la vid la fértil lluvia,
Y el membrillo de acero los calores,
Y el tiempo de su mano deja escrito
Al melon, que nos habla por escrito;

Al tiempo cuando nuestra madre muda
Por pedir agua toda se hace boca,
Y el licio Labrador con la hoz aguda
Siega cruel sus esperanzas locas;
Quando las galas de su gloria muda
Por jerga basta y por groseras tocas,
Porque en la calentura que le alige
Piensa que el carro de oro Facton rige;

Al tiempo cuando el guedijado signo,
Cuya boca defiende un can que rabia,
Se hace temer con centellear maligno,
Con que en el huésped rubio infundió rabia;
Quando el soldado dios y el dios benigno,
Las dos estrellas, la amorosa y sabia,
La helada Cintia y el helado viejo,
Temer mirarse en el ardiente espejo;

Al tiempo cuando de las frescas grutas
Pomona rubia, blanca y colorada
Sale vestida de pintadas frutas
Y de uvas mal maduras coronada;
Cuando cargado de otras aun no enjutas
Del aljofar del alba mal casada
Sale Vertumno, que colmar desea
El cuerno de la copia de Amaltea:

Deja de Dios la dulce madre amada
La casa del anciano Zacarias,
Ya con el Angel niño mejorada,
Que alegró las hermosas jerarquías;
Deja en dichas lágrimas bañada
A la madre del primo del Mesías,
Y con él habla, vuelta al mundo grave,
Porque con ella á su Criador alabe.

Y al despedirse de la anciana prima,
La Virgen la enlazó entre hermosos lazos,
Y luego al pecho de marfil arrima
Al niño Juan entre sus bellos brazos,
Y viendo cuánto el primo Dios le estima,
Con mas gusto le da tiernos abrazos,
Alegrando las ásperas montañas
Juan en sus brazos, Dios en sus entrañas.

Y dice al niño que en sus brazos tiene:
«O niño hermoso y ángel humanado
Más que profeta, niño á quien previene
Con su gracia el espíritu increado,
Cuyo nombre de Juan del cielo viene,
Que es gracia, y así gracia eres llamado;
Nombre que desató la lengua presa
Y alegró la familia montañesa:

» Bien es que el niño Dios buscando te ande
Para dejarte de su gracia rico,
Y que delante del mayor seas grande,
Siendo delante del el cielo chico;
Bien es que seas la voz que al pueblo ablande
Y luz del sol, á quien me sacrifico;
Bien es, primo de Dios y niño anciano,
Que esté contigo su divina mano.»

Y uniéndole á los bellos blancos pechos
El niño Juan, con humildad profunda
De los brazos de nieve lazos hechos,
Al cuello virginal hizo coyunda;
Ella luego con otros mas estrechos
Al sobrinico con amor segunda:
Pasmóse el sacerdote venerable,
Y no sabe (no mudo) que se hable.

Salte la sin igual doncella hermosa
De la familia ilustre despedida,
Mostrando el alma grave y amorosa
Al hospedaje santo agradecida;
Sale de ver su amado deseosa,
Porque es Josef la vida de su vida,
Y por montañas de peñascos duros
Llegó de Nazaret á ver los muros.

Alégrase en los aires de su tierra;
Mira que crece la ciudad famosa,
Y vuelve atenta á ver la aguda sierra
De las montañas áspera y fragosa;
Al tiempo llega que la luz destierra
De la noche la sombra temerosa;
A ver alcanza su pequeña casa,
Que gozo vierte de placer sin tasa.

Josef, falto de gusto y de paciencia,
Que el gusto y la paciencia se le acaba,
En la amarga enemiga y fiera ausencia
De la que el alma libre es libre esclava,
Padece eternamente en la violencia
Con que el dolor el corazón le enclava,
Arrancando del centro deseado,
Que está sin su querida violentado.

Y con mas ojos que descubre el cielo
Cuando atento en la noche mas serena
Lo mas oculto mira que en el suelo
Obliga á Dios al premio y á la pena,
Sale á mirar si viene su consuelo,
Después de Dios la mas hermosa y buena,
La que es después de Dios lo que mas quiere,
Por quien su alma vive y por quien muere.

Vela venir, que el cielo enternecido
Descuento quiso hacer á sus enojos,
Y como suele al agua ciervo herido,
Josef se arroja al centro de sus ojos;
Ella, viendo al castísimo Marido
Que desearon ver sus soles rojos,
Se regala, consuela y entenece;
Josef va á hablar, y el gozo le enmudece.

Quéjase tiernamente á su querida
De la terrible temerosa ausencia,
Donde con vida no ha tenido vida,
Y ha tenido paciencia sin paciencia;
La virginal Esposa agradecida
Se goza de su amado en la presencia,
Y dice de la ausencia rigurosa
Que no ha sido con ella mas piadosa.

Goza la casa el dueño deseado,
Que hizo cielo su suelo venturoso,
Que cerca de tres meses han pasado
Que no gozó de ver su rostro hermoso;
Luego Josef con celestial agrado
De su cansada Esposa cuidadoso,
El descanso y regalo le previene,
Que solo gusto de su gusto tiene.

Como suele de rosa mañutina
Verde corimbo que la flor ampara
Crece, cuando la aurora cristalina
Le riega con las perlas de su cara;
Así de la doncella Palestina
El vientre virginal da muestra clara
De la preñez, que clara se parece,
Que el niño es ya mayor y el vientre crece.

El noble Esposo, como varon justo
Reparó alguna vez, sin hacer caso,
Y otras con mas cuidado y menos gusto
Lo miró triste, aunque tambien de paso,
Hasta que ya con repentino susto
El alma se turbó, suspendió el paso,
La sangre huyó de las heladas venas,
De pálida tristeza y temor llenas.

Y como el descuidado pastor suele
Hallarse de la vibora mordido,
Que le abrasa la herida, que le duele,
Confuso sin saber cómo le ha herido;
Así al justo Josef la pena impele,
Y en cuidadosas ansias encendido,
Siente el efecto, aunque la causa ignora,
Y á solas gime y á escondidas llora.

Acuérdasele al santo y justo Esposo
La aceda ausencia de su regalada,
Y entre turbado, honrado y temeroso,
Del camino pasado la jornada;
Y pásmase afligido y pavoroso,
Viendo mas llena su divina amada,
El vientre sacrosanto mas crecido,
Más corto el limpio y virginal vestido.

Mira por una parte la inocencia,
Y la inculpable vida considera;
Por otra la certísima evidencia
De la preñez el ánimo le altera;
Y fingiendo alegría en la apariencia,
Padece el alma en la congoja fiera,
Y sin saber qué diga ni qué haga,
Se va aumentando la encubierta llaga.

«¿Qué es esto dice, temerosos ojos?
¿Para qué atormentais al alma fria?
¿Podré creer de aquellos rayos rojos
Que abrieron puerta á la deshonra mia?
¿Creeré que los bellísimos despojos
Mas puros que la luz que alumbró al día
Se movieron á hacerme injusto agravio?
Ved que el mas arrojado es menos sabio.

«Ojos, ¿cómo el placer que me habeis dado
De haber gozado los que humilde adoro,
Tan tristemente me le habeis trocado
En mortal ansia y repentino lloro?
Cómo que una sospecha así ha robado
De vuestras glorias el mayor tesoro?
Cómo, si verla siempre deseastes,
Agora os pesa porque la mirastes?

«Mirad que es muy posible el engañaros
Y que no es bien creer vanas sospechas,
Pues en mirando aquellos ojos claros
En su pureza las veréis deshechas;
Volved, turbados ojos, á informaros
De las luces de rayos del sol hechas;
Mas no volvais á verla, ¡ay ojos tristes!
Si es que la habeis de hallar como la vistes.

«¿Creeré que aquella vista de paloma
Que os daba vida con su luz serena
La propiedad del basilisco toma,
Que á quien le mira sin piedad condena?
Creeré que la que al mas lascivo doma,
Contra su propio honor se desenfrena?
Creeré traición de su inocencia santa?
Creeré bajeza de pureza tanta?

» Pues el estar preñada no lo dudo,
Que está tan claro que la duda cesa,
Aunque no creo que atreverse pudo
A no cumplir su virginal promesa;
A la garganta aprieta un mortal nudo,
Al alma un fiero dardo la atraviesa,
El corazón revienta dentro el pecho,
De amor herido y de dolor deshecho.

«Mas ¿qué es aquesto vista temerosa?
¿Cómo ciega os habeis precipitado?
Qué, ¿antes creeré su castidad preciosa
Que á la señal del vientre levantado?
Y ¿creeré antes por mas fácil cosa
Sin obra de varon ser su preñado
Que no que haya ofendido á la fe pura
Del voto virginal que me asegura?

» No puede ser que tan dichosa sea,
Que aquella Virgen que cantó Isaias,
Que por consuelo el limbo la desea,
Y por su gloria los presentes dias,
Preñada y virgen por mi bien la vea,
Volviendo en gozo las sospechas mias?
Bien puede ser, pues miro que es legado
El tiempo de los tiempos deseado.

» Pues si fuera traición, ¿qué mujer fuera
Que habiendo ya el delito cometido,
Antes que yo mi agravio conociera,
De mi justo rigor no hubiera huido?
Si su inocencia no la defendiera,
Viendo mi afrenta y ya su honor perdido,
Por no perder tambien la vida cara,
Temerosa no huyera ó se ausentara?

» Pues bien sabe que está en la ley escrito
El rigor justo de la justa pena,
Pues á la que comete ese delito
A ser apedreada la condena;
Y bien sabe del agua el sacro rito,
En que se prueba la que es mala ó buena,
Y la buena por buena queda honrada,
Y la que es mala se empodrece hinchada.

» Pues triste yo, si, lo que Dios no quiera,
Y lo que yo contra mis ojos creo,
Mi conservado honor afrentar viera,
Teniendo en poco su dichoso empleo;
¿Cómo infamar y denunciar pudiera
A la que adoro y siempre ver deseo?
Cómo pudiera yo acusar por mala
A la que en su pureza el sol no iguala?

» Pudiera ver á un tronco duro atadas
Las manos de jazmin que humilde adoro?
Pudiera ver las piedras arrojadas
En su sangre bañar las hebras de oro?
Pudiera ver las piedras distiladas
Vueltas rubíes del sangriento lloro?
Pudiera ver las rosas de su frente
Vueltas violetas afrentosamente?

» Pudiera ver que piedra licenciosa
Desnudara sus pechos cristalinos?
Pudiera ver de aquella boca hermosa
Saltar forzados los diamantes finos?
Pudiera ver de mi divina Esposa,
Que, eclipsados sus soles peregrinos,
Su hermosura, bondad y honra perdida
Triste fin diera á su inculpable vida?

PE-II.

» Si esto no puedo y ella está preñada,
Y en su clara preñez parte no tengo,
Y veo su vida bienaventurada,
En cuya virtud santa me entretengo;
¿Qué puede hacer el alma atribulada
Entre las ansias que á padecer vengo?
¿Qué puedo hacer en tan amarga pena,
Donde hay quien la disculpa y la condena?

» La pública preñez su honor ofende,
Su honestidad purísima la ampara,
No ser yo el padre la sospecha enciende,
Apágala la gloria de su cara;
Venganza justa el triste honor pretende;
Mas soy testigo de su virtud rara;
Mi vida triste su preñado culpa,
La purísima suya la disculpa.

» Si aquí hay delito, como ser podria,
Mal podré consentir tan grave ofensa,
Tanto por ser ofensa propia mia,
Cuanto contra el Señor de gloria inmensa;
Y mas que escribe en su sabiduría
Salomon, que muy neciamente piensa
El marido que el daño ve presente,
Y de su honor la infamia vil consiente.

» Pues si ella esta preñada, como veo,
¿Tendré yo parte en el delito infame?
Siendo parte agraviada, ¿seré reo
Y esperaré que el pueblo me lo llame?
Pues si hay aquí inocencia, como creo,
¿Haré que una sospecha su honra infame?
¿Triste de mí! ¿Qué haré en tan triste extremo,
Si su pureza adoro y mi honor temo?

» ¡Válame Dios! ¿Qué haré en confusion tanta,
Donde pierdo en callarlo y en decirlo?
Si hablo, afrento su persona santa,
Y si lo callo, no podré sufrirlo;
Mi vista pone el lazo á su garganta;
Su bondad santa sale á resistirlo,
Y así, navego en triste mar de enojos,
Luchando su inocencia con mis ojos.

» Mas ya que temo el judicial decreto
Y la prueba de malas é inocentes,
¿Daré, menos turbado y mas discreto,
Cuenta del caso á solos los parientes?
¿Ay triste yo! ¿Quién guardará secreto?
Que la honra es vidrio y rocas los oyentes,
Y como el vidrio acaba entre las rocas,
Así el honor en las parleras bocas.

» María preñada ¿cielos! ¿qué es aquesto?
¿María preñada y sin afrenta mia?
Entereza y preñez en un supuesto,
Aseguradme ¿cómo ser podria?
¿Ay, cruel sospecha, que el puñal has puesto
como traidor, al pecho que te cria!
Ay santo honor, si lloras agraviado!
Ay fiera obligacion del hombre honrado!

» ¿No viera yo el honor con el decoro
Debido al trono real de quien deciendo!
No me dejara el tiempo este tesoro,
Pues los de Cresos y Midas no pretendo!
Viera yo deste mal, que en duda lloro,
Y tan sin ella el alma va encendiendo,
Mi honor seguro, y viera destruida
Mi poca hacienda, mi salud y vida!

» Bastara, oh mundo, de la real alteza
De mi prosapia haberme derribado,
Donde contento con mi fiel pobreza,
De quien eres estoy desengañado;
Bastara del blason de mi nobleza
Verme en un rincón pobre despreciado,
Donde al sustento mi sudor ayuda,
Sin que mi antiguo honor pongas en duda.

» Duda cruel, que de mi Esposa amada
La vida y el honor desacreditas,
¿No ves que viene el alma asegurada
Del honor que quitarme solicitas?
¿Ay de mí triste! que la veo preñada;
La vida acaba si el honor me quitas,
Pues es la vida del que está agraviado
Muerte que da el tormento dilatado.

12

»Ay tristes ojos! ¿Qué mortal veneno
Habeis bebido en tan precioso vaso?
¿Qué brasas me arrojastes en el seno,
Que sin remedio siento que me abraso?
¿Qué vibrezno, de piedad ajeno,
Que á quien le engendra trae al mortal paso,
Me come el corazon y rompe el pecho,
Viendo mi antiguo honor en tanto estrecho?»

»Si la vida del hombre es en la tierra
Guerra del alma y de su paz tormento,
¿Cuál será la de aquel que triste encierra
Guerras civiles en su pensamiento?
A la razon repugna y hace guerra
Una ley triste que en el alma siento,
Por quien publican guerra á sangre y fuego
La razon clara y un antojo ciego.»

»Yo triste, soy de mi el mas enemigo;
Huyendo voy de mí, que á mí me temo;
Dejo mi bien, mi mal llevo conmigo,
Sin alma vivo y sin calor me quemó;
Huyo de mi quietud, mis penas sigo,
Los mares aro, por los montes remo,
Pues es la vida del que está agraviado
Muerte que da el tormento dilatado.»

»¿Ausentáreme de mi bella amada?
¿Iré sin alma, pues la di á mi Esposa?
¿Iré á la inhabitable Scitia helada
Ó á la inhumana Libia ponzoñosa?
¿Iré á la Etiopia negra y abrasada,
Ó á los desiertos de Africa arenosa?
¿Viviré entre arimaspos, entre scitas,
Lotofagos, ciclopes, trogloditas?»

»Pensamiento engañado, ¿qué es aquesto?
¿Qué furor loco tu prudencia ciega?
Mira la luz del soberano gesto,
Que tu furiosa tempestad sosiega;
Mira del señoril mirar honesto
El mar tranquilo donde Dios navega;
Mira el respeto que á su honor se debe,
Y huira la duda cual del sol la nieve.»

»Cual suele nave en tempestad airada,
A quien el Ebro embravecido azota,
Verse en las olas turbias levantada
A la nube cruel que la alborota,
Y en un instante, dellas derribada,
Besar del mar la arena mas remota,
Ya envuelta entre las olas verdinegras,
Ya entre las aguas de las nubes negras.»

»Así el Esposo noble, combatido
De la preñez y la pureza santa,
De entre las olas de honra sumergido,
A las nubes de penas se levanta;
Ya á la pureza virginal rendido,
Vuelve á mirar el vientre que le espanta;
En esta confusion no duerme ó come,
Ni sabe qué remedio en ella tome.»

»Vuelve á mirar á su divina Esposa,
Y luego el vientre lleno se le ofrece,
Y crece la sospecha temerosa,
Al paso que el divino vientre crece;
Muestra en su rostro la alegría engañosa,
Y yendo á hablar, la lengua se entorpece;
Vuelve, y el rostro grave atento mira,
Y adora la inocencia que le admira.»

»La Virgen soberana que repara
En el cuidado del confuso Esposo,
Y ve que tiene ya noticia clara
De la preñez que le hace temeroso,
En el color robado de su cara
El pulso toma al corazon medroso,
Su pena siente, y sosegar quisiera
Del mar revuelto la borrasca fiera.»

»Y dice: «¿Oh quién pudiera, Esposo amado,
De la preñez que la color te muda
Y tiene el noble pecho alborotado
Quitar la pena y aclarar la duda!
¿Quién del secreto al cielo reservado
Decir pudiera la verdad desnuda!
¿Quién de la tempestad del mar incierto
Te sacara al seguro, alegre puerto!»

»Descubriré el misterio sacrosanto
A la mitad del alma que me anima,
Al justo fiel que el cielo estima en tanto,
Que por custodio de su Dios le estima?
¿Declararé á mi amado Josef santo
La sospecha que el alma le lastima?
¿Podré dar cuenta de mi gloria mucha
Al que contra mí vientre y su honor lucha?»

»¿Privaré á mi Josef de tanto gusto?
¿Diré que el Señor que el cielo rige,
Por varon sabio, por honesto y justo,
Para mi esposo y su tutor le elige?
¿Diré que no tema agravio injusto?
¿Satisfaré á la duda que le allige?
¿Diré que la Deidad incircunscrita
El vientre humilde de su Esposa habita?»

»¿Volveré por mi honor, daré cuenta
Del bien que ignora y me enriquece el pecho?
¿Saldré al camino al deshonor y afrenta?
¿Dejaré á mi querido satisfecho?
¿Podré sufrir que el mal que le atormenta
Y á mí me pone al cuello el lazo estrecho
Tome fuerzas, creciendo en comun daño,
Pudiéndole atajar el desengaño?»

»Mas ¿qué sé yo si la humildad preciosa
Que tengo al alma estrechamente asida,
Diciendo el bien que me hace venturosa,
Cual humo la veré desvanecida?
Y ya que salga desto victoriosa,
¿Podré tan facilmente ser creída,
Que diciendo el misterio incomprendible
Pueda nadie pensar que sea posible?»

»Y cuando todo el mundo me creyese,
¿Podría decir el celestial secreto,
Sin que revelacion antes tuviese,
Que era de Dios particular decreto?
Aunque la vida en gran peligro viesse,
Y el santo honor en afrentoso aprieto,
No habrá quien el secreto de mí entienda:
La causa es del Señor, el la defensa.»

»Y entre tanto, Señor omnipotente,
Pues veis la pena de mi Esposo amado,
Y que mi alma llora tiernamente
La mortal ansia que le trae turbado,
Pues que sabeis que mucho menos siente
El deshonor que teme del preñado,
Que de vuestra Deidad la injusta ofensa,
Le favorezca vuestra mano inmensa.»

»Sé que el dolor que atribulado pasa
Es de su santidad segura prueba,
Donde el siervo mas fiel de vuestra casa,
Cual Fénix, en el fuego se renueva;
Bien sé que de la pena que le abraza
Saldrá cual oro, á quien el crisol prueba,
Que es la tribulacion que le lastima
Trillo del grano, del acero lima.»

»Bien sé, Señor, el gran premio que alcanza
El afligido que de vos confía,
Pues vió Abraham lograda su esperanza
Entre el cuchillo y la congoja fria;
Y el Job paciente, humilde en su mudanza,
Volvió á doblados bienes que tenía,
Y que salió el hermano mal vendido
De la cárcel al premio merecido.»

»Salga, Señor, de pena tan amarga
El que por dueño y padre me escogistes,
Que el gusto mengua y el dolor se alarga
Entre las ansias y congojas tristes;
Y pues hicistes tan igual la carga
De los que en lazo conyugal unistes,
La pena de mi Esposo será mia,
Como suya la gloria de Maria.»

»Mirad que á la garganta el agua llega,
Ved sobre Isaac la espada levantada,
Y entre el diluvio que la tierra anega
El arca de las olas azotada;
Ved á Jonas, á quien la chusma ciega
Quiere dar á la mar alborotada;
Ved á Susana condenada y justa,
Y á Daniel en la prision injusta.»

»Venga el ángel, detenga el brazo fuerte,
Al arca venga el ramo de la oliva,
Y la ballena libre de la muerte
Al que huyendo de Nínive se iba;
El niño Daniel trueque la suerte,
Los viejos mueran, la inocente viva,
Y Abacuc venga de un cabello asido
Al que en el lago oscuro está metido.»

»Y vos, hijo divino, que encerrado,
Haceis trono real el vientre estrecho,
Pues que mirais de mi consorte amado
La duda que alborota el noble pecho,
Volved por el honor que me habeis dado;
Quede vuestro escogido satisfecho;
Pues os hizo mi hijo vuestro padre,
Volved por el honor de vuestra madre.»

»Mirad, hijo, que es vuestra la honra mia,
Como mia la pena de mi Esposo,
Y que si crece la sospecha fria,
Crece mi pena y su dolor forzoso;
Su tormento volved en alegría,
Y sea festigo de mi honor precioso
El turbado Josef, el noble justo,
Siendo mayor que su afliccion su gusto.»

»Dijo: y del gran Josef por otra parte
Luchando con el mal que le atormenta,
El corazon se le divide y parte,
Y por los ojos de dolor reventia;
Ya se hace defensor, ya se hace parte,
Ya la inocencia mira, ya la afrenta,
Ya la quiere dejar, ya no se atreve,
Que la ama mucho y mucho amor la debe.»

»Si se queda, el honor que pierde mira,
Y si se va, perder su Esposa llora,
Que enamorado en su beldad se admira,
Y absorto por su hermoso bien la adora;
Cuando el preñado le provoca á ira,
Su santidad le amansa y enamora,
Y entre el temor y sus desconfianzas
Tiene del peso iguales las balanzas.»

»Como robusto roble sacudido
De la furia de Boreas, que se enoja,
Que está mas fuerte mientras mas herido
De las flechas heladas que le arroja;
Así el Esposo noble combatido
Del viento recio de la cruel congoja,
Aunque herido y turbado, mas se afierra,
No dando á nadie el premio de la guerra.»

»Y cual suele el perdido caminante
Que entre varios caminos atajado
Teme escoger el menos importante
Para hacer el viaje comulgado,
No de otra suerte el bien pagado amante,
En varios pensamientos ocupado,
Afligido entre el ansia y la congoja,
No sabe triste qué camino escoja.»

»Y así, gimiendo entre la pena grave,
Prostrado por el suelo, al cielo envia
El dolor que en el pecho no le cabe
Y tiene sin virtud la sangre fria;
A Dios supplica, pues la vida sabe
De su cara hermosísima Maria,
Su honor defiende y su inocencia mire,
Y lo que le conviene hacer le inspire.»

»Y luego con la mano en la mejilla,
No sabe qué se diga ó qué se haga:
«O esta es de Dios gloriosa maravilla,
Dice, ó es de mi honor injusta llaga;
Si esto es de Dios, mi corazon se humilla,
Y no merezco que me satisfaga,
Antes si está preñada y es doncella,
Indigno soy de cohabitar con ella.»

»Si no es de Dios, mi pena es insufrible,
Y no conviene que mi afrenta vea,
Pues ser mala mi Esposa es imposible,
Y aunque preñada esté, que yo lo crea;
El que ve lo visible y lo invisible
De su preñez juez y parte sea;
A él mi causa con la suya dejo,
De mi bien y mi mal triste me alejo.»

»Írme por el mundo desterrado,
Lloraré mi ventura mal lograda,
Habitaré el desierto despoblado
Con el leon cruel y tigre airada;
Y pues no merecí del rostro amado
Mirar la lumbre bienaventurada,
Huire de mí, pues de mi Esposa huyo,
Que está en mi pecho como yo en el suyo.»

»Cesó llorando, y al dolor rendido,
La cabeza juntó al brazo derecho,
Cuando de la caverna del olvido
Deja el sueño las plumas de su techo;
Deja el monte Cimerio, en que escondido
Huye la luz su perezoso pecho;
Llega á Josef, y con el ramo verde
Hace que de sus penas no se acuerde.»

»Durmiendo el Santo con sus ansias lucha,
Y entre sueños la libra y la condena,
Cuando lleno de luz y gracia mucha
Ve un nuncio celestial que le despena;
Despiertamente, aunque dormido, escucha
El gozo grande de la nueva buena,
Dando su rostro muestras de alegría
A las nuevas santísimas que oía.»

»Josef, le dice, claro descendiente
Del gran David, tu padre venturoso,
A cuyo fruto el Padre omnipotente
Prometió el cetro real y trono hermoso:
Temer no quieras; oh varon prudente!
De recibir en vinculo dichoso
A Maria, tu noble y bella esposa,
Santa en extremo y en extremo hermosa.»

»Lo que encierra su vientre sacrosanto
Es por obra secreta y escondida
Del Paracleto sumamente santo,
Que la tiehe de gloria enriquecida;
Con gozo grande y admirable espanto
De un Hijo eterno la verás parida;
Llamarle Jesus, que á salvar viene
Al pueblo, á quien la culpa preso tiene.»

»Esto ha el cielo santísimo ordenado
Para cumplir las ciertas profecias
Del prometido virginal preñado,
Que Dios pronosticó por Isaías;
Que de una virgen se vería engendrado
El esperado por tan largos dias,
Que dulce Emanuel tiene por nombre,
Hecho pasible por dar vida al hombre.»

»Despavorido, por el aire vano
Entre sueños Josef los brazos tiende
Para abrazar al Nuncio soberano,
Que enamorado al cielo el aire hiende;
Deseoso de besar la blanca mano
Del Gabriel santo que su honor defiende,
Despierta alegre y mas alegre mira
La certeza del caso que le admira.»

»Y como suele el que el metal precioso
Halló entre pobre tierra disfrazado,
Que ignorando el valor del oro hermoso,
Porque con ella le miró mezclado,
Teniéndose por menos venturoso,
Quiso arrojar el oro deseado,
Hasta que le avisó el platero sabio
Del tesoro á quien quiso hacer agravio.»

»Así Josef con un gozoso lloro,
Del Arcangel hermoso prevenido,
Estima humilde el singular tesoro,
Que sin pensar le deja enriquecido;
El cual, como ignoró el valor del oro
En el vientre santísimo escondido,
Quiso dejar el bien que poseía,
Y á Dios en su hermosísima Maria.»

»Y dice: «¿Ay triste, qué tormento y pena
Al alma fieramente atormentara,
Si á la luna del sol eterno llena
En daño mio de servir dejara!
¿Ay triste yo, si á la mujer mas buena
Que vió del rojo sol la rubia cara,
A la que el alma con razon adora,
Dejara de mirar sola una hora!»

»No sé si al gozo de la dulce nueva
Que el alma alienta y enriquece el pecho,
De turbado y corrido el paso nueva,
Viendo que quise acometer tal hecho;
Que teniendo de ti tan cierta prueba,
Puse tu honor y el mío en tal estrecho,
Que te quise dejar, que quise irme,
A no venir del cielo a persuadirme.

»Miserio yo si acaso me ausentara
Antes que el Parainfo luz me diera
De la que encierra en sí mi Esposa cara,
Y la da hermosa a la suprema esfera;
Si otro dichoso en mi lugar entrara
Que a mi Esposa santísima sirviera;
Triste, si del tesoro verdadero
Otro viniera a ser el tesoro;

»Si Dios pusiera el serafín mas puro
En mi lugar, que mi lugar merece,
Que del jardín guardara el casto muro,
Adonde el árbol de la vida crece;
Y yo llorando triste y mal seguro
Del honor que al honor mismo engrandece,
Por ese mundo sin consuelo fuera
Donde mi Esposa y el vivir perdiera.

»Y ya que tan piadosa fué mi estrella,
Que a tal rigor no quiso someterme,
¿Con qué cara podré mirar a aquella
Que siendo tal no pudo convencerme?
¿Cómo podré mirar la lumbre bella
De la que imaginé pudo ofenderme?
¿Cómo, si della pretendí ausentarme,
Podré mirarla sin atormentarme?

»Vaya fuera el temor que me avergüenza,
Huya vencida mi desconfianza,
Mi nueva gloria al miedo helado venza,
Pues que victoria la pureza alcanza;
El mal acaba donde el bien comienza;
Muera mi pena y nazca mi esperanza;
Hallé el tesoro que perdido había;
Vuelva a su firme centro la honra mía.

»Iré a prostrarme a mi consorte amada;
Pediré perdón de la sospecha
En su preñez divina fabricada
Y en su admirable santidad deshecha;
Adoraré en mi virginal preñada
La palabra de Dios, pasible hecha;
Llegaré a ver su rostro sacrosanto,
Y yo al fin dulce deste grave canto.

CANTO XI.

De la satisfacción que dió San José a Nuestra Señora.

Quien vió de oscura, súbita borrasca,
Hinchado el mar, el aire embravecido,
Roto el navio que a morir se enfrasca,
El fiel piloto y el timón perdido,
Sahr luchando entre una y otra basca
Al venturoso, al puerto conducido,
Mire a Josef, entre sospechas muerto,
Salir del mar al descansado puerto.

El que en horrenda noche tenebrosa,
Revelado el aire y enojado el cielo,
Nubes flechando en tempestad furiosa
Piedras y rayos al rendido suelo,
Se halló perdido en sierra montuosa,
En mil peligros erizado el pelo,
Y luego se vió libre en un instante,
Mire al dichoso virginal amante.

El preso que a la muerte condenado
Se vió llevar al palo el lazo al cuello,
Y en el fiero rigor mas apretado
Besó la nueva vida en el real sello;
La madre, que lloró desafiado
De sus entrañas el pedazo bello,
Y sin pensarlo vió sano su hijo,
Miren del santo el justo regocijo.

Aquel que pleiteando su ascendencia,
Desvelado las noches y los días,
Ya gastada la hacienda y la paciencia
En tribunales y chancillerías,
Esperando dudoso la sentencia,
La sangre helada entre las venas frías,
Besó alegre la ilustre ejecutoria,
Atento mire de Josef la gloria.

El varón noble que se vió captivo
Entre duras prisiones aberrojado
En la mazmorra turca apenas vivo,
Del bárbaro señor atormentado,
Que dando al sueño su dolor esquivo,
Por orden celestial de su abogado
Libre se halló gozando el patrio suelo,
Al justo mire que liberta el cielo.

Quien durmiendo rodó de pena en pena,
Porque el pie se le fué, y con voces mudas
Llora en imaginar que se despeña
Al abismo cruel de fieras crudas;
Y en el mayor peligro ve que sueña,
Y halla en vez de las penas mas agudas
La cama blanda que le tiene en peso,
A Josef mire de placer sin seso.

El rico mercader que saltado
Se halló de desalmados bandoleros,
El cual, después de ser desbaliado
Con fuertes manos y cobardes fieros,
Del duro roble donde quedó atado
Libre por los honrados pasajeros
Volvió alegre a gozar la rica hacienda,
Mire a Josef con su adorada prenda.

En fin el gozo del divino amante
Excedió al que del mar escapó a nado,
Al de la madre con su hallado infante,
Al del noble por noble declarado,
Al que cobró en su hacienda el mercader,
Al del despierto en sueños despeñado,
Al que la amada patria dió al captivo,
Al del enfermo sano y muerto vivo.

Salé Josef alegre y temeroso,
Avergonzado, humilde y encogido,
De su vano temor sale quejoso,
Y de la duda con razon corrido;
Y ante la bella luz del rostro hermoso
De la Esposa, que el cielo le ha escogido;
Enmudece cobarde y tiene alegre
Hasta ver si su esposa en él se alegre.

La Virgen bella, que conoce y sabe
Del mar revuelto la tranquila calma,
Y que tras el diluvio trujo el ave
De su victoria la gloriosa palma,
Con rostro alegre, entre risueño y grave,
En los hermosos ojos mostró el alma,
Y con gracia y amor que al cielo admira
Dice a Josef, que avergonzado mira.

«Querido dueño mío, esposo amado,
Bien de mi alma y alma de mi vida,
A quien con lazos del amor sagrado
Alegre estoy continuamente asida;
Alzad el rostro con razon turbado,
Pues si pude de vos ser ofendida,
Yo perdono la ofensa, amado esposo;
Mostradme alegre el rostro vergonzoso.

»Josef amado, bien conozco y veo
La fiera lucha de la cruel sospecha,
Trabada entre los ojos del deseo,
Y por el nuncio celestial deshecha;
Sé que no es culpa condenar por reo
Al que padece en la prisión estrecha,
Pues que se ve la pena de la culpa,
Y no la cantidad que le disculpa.

»No estoy quejoso, no, sino obligada
Al grande amor y fe que me mostrastes,
Pues viendo clara la preñez sagrada,
Por malhechora no me denunciastes;
Por vos, Josef, no estoy apedreada;
La vida os debo, pues me la dejastes;
Vuestro es mi honor, pues me le dais de nuevo,
Que la vida y honor, Señor, os debo.

VIDA Y MUERTE DEL PATRIARCA SAN JOSEF, CANTO XI.

»Y si ya por ventura estáis quejoso
De que no os dije el celestial misterio,
De que al Eterno y Todopoderoso
Bajó el amor al libre captiverio;
Como escondió la luz del sol hermoso,
Cómo abrevió al que rige el trino imperio
Al secreto de Dios, quien se atreviera
Si él no mandara, que os le descubriera?

»Alzad los ojos con que ven los mios,
Gocen alegres de su luz serena,
Si no quereis que, vueltos en dos rios,
Lloren dos veces la pasada pena;
Huyan deshechos los temores frios;
Dadme del nuevo bien la enhorabuena;
Que yo os la doy de ver que Dios reposa
Dentro de vuestra casa y vuestra esposa.

»Escogido de Dios, amado justo,
Alzad del suelo los humildes ojos,
Ponedlos en quien siempre tiene gusto
De hacerose sin daros nunca enojos;
No turbe mi placer vuestro disgusto;
Al rostro vuelva los colores rojos
El corazón y al mío su alegría,
Pues sois, Josef, el alma de la mía.

»Muchas veces, Señor, el cielo ordena
Sospeche el justo y dude el mas amigo
Para que libre de la duda y pena,
De la verdad desnuda sea testigo;
Y así, el infante que mi vientre llena
Quiso que vos, que siempre estáis conmigo,
Ludásedes del caso sin segundo,
Porque, vos satisfecho, lo esté el mundo.

»Si Dios, noble Señor, no os revelara
El misterio divino, ¿qué hombre hubiera
De tal valor y de virtud tan rara
Que ser en daño suyo no creyera?
¿Quién, amado Josef, la preñez clara
A la duda cruel no se rindiera,
Creyendo de su honor injusto agravio?
¿Quién sino solo el que es tan justo y sabio?

»Si la preñez divina conocistes,
Y solamente viéndola dudastes,
Si del honor ofensa no creyistes,
Y combatido no os determinastes,
Con vuestro Dios mas premio merecistes,
Y mas amor conmigo granjeastes;
De nuevo me obligastes a quereros,
A amaros mas y mas obedeceros.

»Amado mío, levantad del suelo;
¿Para qué así prostrais vuestras rodillas,
Si no es que ya adorais en mortal velo
Al que repará las excelsas sillas?
Mirad, Josef, que ya os revela el cielo
La gloria de sus altas maravillas;
Gozad alegre el bien que el cielo ofrece,
La pena mengüe, pues la gloria crece.»

Tras aquesto la candida paloma,
Con las nevadas manos de jazmines
Las de su dueño venturoso toma,
Admirando los bellos seralines;
El a las luces donde el sol se asoma,
Que alegran de los cielos los jardines,
Se atrevió entre el temor y regocijo
Y entre alegre y turbado, humilde dijo:

«Hermosa luz, que vence la del día,
Terrible es el lugar que indigno piso;
Dios está en él, y yo no lo sabia,
Ni que hizo vuestro vientre paraíso;
Casa de Dios es ya la casa mía,
Puerta del cielo hacer mi casa quiso,
Hizo su madre mi adorada bella
Su esposo a quien no pudo merecilla.

»¿Quién el vientre santísimo mirara
Que, triste, no dudara ó no temiera?
¿Quién, oh Virgen hermosa, imaginara
Que a tanta dignidad Dios me subiera?
Si en mi hubo culpa, yo la digo clara,
Y fué, pues creer antes debiera
Que era posible concebir sin padre,
Y siendo virgen, ser virgen y madre.

»Antes, Esposa amada, creer debía
Que habiendo de abreviarse el infinito,
Y ser mortal el que los cielos cria,
Como en las letras santas está escrito,
Que solo el pecho de escogor había
Lleno de gracia, ajeno de delito,
Pues sola a vos, ¡oh Virgen soberana!
El agro no alcanzó de la manzana.

»Crear debía, Reina de hermosura,
Que vistiéndose Dios de mortal velo,
Había de ser de la mujer mas pura,
Que miró el sol jamás ni gozó el suelo;
Y si de la mas santa, ¿qué criatura
Cual vos hizo ventaja a las del cielo?
Si mujer, ¿qué mejor? Y si doncella,
¿Quién mas pura, mas santa, casta y bella?

»Si ha de nacer el que es Verbo del Padre,
¿De quién, sino de vos, nacer debía,
Pues quiso, Virgen, que a vos sola cuadre
Ser la criadora del Criador que os cria?
Y si una virgen tiene de ser madre,
¿De quién, sino de Dios, serlo podría,
Pues puede hacer, la integridad guardada,
Que, quedando doncella, estéis preñada?

»Y si yo os conocí por la mas buena,
¿Cómo pude dudar de vuestra vida?
¿Cómo a los rayos de esa luz serena
No se deshizo el alma endurecida?
Y cómo estando, Virgen, de Dios llena,
La sospecha no huyó desvanecida?
¿Cómo pudo atreverse a bondad tanta
A la mujer mas buena, honesta y santa?

»Bastara ver el resplandor hermoso
De la luz bella de esa hermosa cara,
Que excede al del caudillo venturoso
Que hizo el peñasco fuente con la vara;
Pues si él bajó del monte tan glorioso,
Que al pueblo deslumbro su lumbre clara,
Porque vió a Dios en la sagrada cumbre,
Vos traéis en vos al que es lumbre de lumbre.

»Bastara ver, ¡oh angélica criatura!
Los resplandores de la gloria nueva,
Pues aumentó el Señor vuestra hermosura,
Que al cielo admira y a la tierra eleva;
Que si a la viuda hermosa que procura
Que a Betulia el contrario no se atreva,
Aumentó Dios la gracia y la belleza,
En vos puso su gloria y su grandeza.

»Y bien me acuerdo, ¡oh soberana Esposa!
Que vi de vuestro rostro la mudanza,
Pues miré atento de esa luz hermosa
Rayos de gloria y bienaventuranza;
Temió el alma entre alegre y temerosa,
Y la vista, que en veros gloria alcanza,
Se deslumbro, como el que atento mira
Al rubio sol que flechas de oro tira.

»Mi grave culpa y mi ignorancia veo,
Pidoos perdón, y bien sé que le pido
A quien tiene de darmele deseo,
Por verme de mi culpa arrepentido;
Vuelva a la gloria de mi rico empleo,
Vuelva de vos a ser favorecido;
Sirva por pena de mi culpa grave
La que triste pasé y el cielo sabe.

»El sabe, Esposa bienaventurada,
Que nunca consentí en ofensa vuestra,
Y aunque padeció el alma atribulada,
Nunca creí de vos cosa siniestra;
Triste miraba la preñez sagrada,
Que daba de su aumento clara muestra,
Y nunca consentí en que había pecado
En el divino celestial preñado.

»Siempre creí, bellísima escogida,
Que era vuestra pureza sin ejemplo;
Tuve por inculpable vuestra vida,
Que ya por mas de ángel la contemplo;
Siempre de Dios os vi favorecida,
Hecha altar suyo y de sus gracias templo;
Siempre os imaginé de gracia llena,
La criatura mas santa y la mas buena.